



A. SANH

MI DOBLE

VIDA

MI DOBLE VIDA

A. Sanh

Primera edición: agosto, 2017.

©2017, A. Sanh

©Maquetación e interior, de Mireia Oliver

©Ilustración de portada, de Skribaid.

©Citas, de Kako M.

ISBN: 9781521996065

Queda prohibida cualquier tipo de copia, distribución o adaptación de la obra
sin el permiso expreso del autor.
Todos los derechos reservados.

A todos los que se cruzaron en mi camino,
en el momento adecuado.

ÍNDICE

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[PREFACIO: ANTES DE LAS DROGAS](#)

[CAPÍTULO 1: NO SABER ADAPTARSE](#)

[CAPÍTULO 2: CLARA Y ANGELA](#)

[CAPÍTULO 3: DOBLE VIDA](#)

[CAPÍTULO 4: ATROPELLOS](#)

[CAPÍTULO 5: CUANDO ANGELA SE CORTÓ EL FLEQUILLO](#)

[CAPÍTULO 6: EL CHIRINGUITO](#)

[CAPÍTULO 7: CRAC AND CRACK](#)

[CAPÍTULO 8: AMÉRICA](#)

[CAPÍTULO 9: LA CATEDRAL](#)

[CAPÍTULO 10: LO QUE LE DIJE MIENTRAS FINGÍA ESTAR BORRACHA](#)

[CAPÍTULO 11: FLOR DE NARANJA](#)

[CAPÍTULO 12: SMOKE DETECTOR](#)

[CAPÍTULO 13: LA CAÍDA](#)

[CAPÍTULO 14: TE QUIERO Y ADIÓS](#)

[CAPÍTULO 15: CUATRO DÍAS](#)

[CAPÍTULO 16: ENERO EN SAN JUAN](#)

[CAPÍTULO 17: ESPEJO ROTO](#)

[CAPÍTULO 18: LAS LOCURAS QUE ME HAS VISTO HACER](#)

[EPÍLOGO](#)

[EN EL SIGUIENTE LIBRO...](#)

NOTA DE LA AUTORA

Esta historia no presenta un método de narración convencional. Está formada a partir de diferentes fragmentos del diario de la protagonista. Hay frecuentes saltos temporales, cambios de narrador, cambios de estilo y, sobre todo, cambios de opinión de los protagonistas.

Narra hechos ocurridos hace diez años, hay frecuentes *spoilers* del futuro (nuestro presente), que están escritos a propósito. Todo lo que parezca caótico, desordenado e incoherente, es intencional.

Parece complicado, pero el resumen es que, aunque la narración sea rara, la historia se entiende.

Basado en hechos reales.

PREFACIO: ANTES DE LAS DRO- GAS

Mi nombre es Alejandra Nora. Sin embargo, me llaman también Alejandra, Nora, Nono, Jandra, Jandri, Nori, Ale, Alenora o Jan; puedes elegir el que prefieras.

Esto que tienes entre tus manos es una copia barata de lo que me ha tocado vivir en mi corta existencia. Algunas situaciones son buenas, otras malas, otras son solamente dignas de contar y, otras, son bastante estúpidas. Pero escribir mi biografía es algo que me propuse desde el día que entré en terapia de desintoxicación.

Las veces que he tenido que comenzar desde cero han sido infinitas...

Todo empezó en 1989, noviembre, estaba lloviendo o al menos eso me han contado. El porche estaba cubierto por una pérgola roja y el suelo era de cerámica antigua, rojo también. Al final del porche estaba el jardín y en el otro extremo había una habitación. Esa habitación había sido utilizada como refugio durante la guerra, después como establo, por eso estaba cubierta con madera y paja, a pesar de que su interior estaba recubierto por paredes blancas de yeso y un suelo de madera bastante moderno para la época. No había muchos muebles, no los necesitábamos. Teníamos una cama grande, un armario antiguo, un sofá amarillo frente a una mesilla de café sosteniendo una pequeña televisión; también una nevera y un horno, un aseo minúsculo y una mesa azul con sillas plegables. Un largo pasillo conectaba «el establo» con el resto de la casa de campo y, esta a su vez, se comunicaba con el resto de las casas de la

zona mediante un jardín compartido que, más que un jardín, era una cañada llena de hierbas donde se llevaba a los animales a pastar. Desde el establo reacondicionado en habitación se veía todo muy bien: los pastores, los perros ovejeros, los rebaños de animales e incluso la actividad agraria del resto de los habitantes del pueblo. Pero aquel día llovía y no había nadie. Elegí ese día para nacer.

Mi madre, Claudia, tenía solo 15 años y llevaba 9 meses viviendo en ese recinto rehabilitado, pues no tenía otro sitio a donde ir porque la habían echado de casa. Mamen, su mejor amiga, la acogió en su casa y juntas reconvirtieron el viejo refugio en un lugar decente para vivir. Cuando avisé de que llegaba, no había nadie cerca. Mamá no tenía edad para conducir, no existían los teléfonos móviles que ahora conocemos y no había aún línea telefónica en aquel pueblo tan pequeño situado en el norte de España, en León, a 20 kilómetros de Galicia. La tarea de conseguir atención médica se antojaba imposible. Por suerte, en los pueblos las mujeres se ayudan unas a otras y algunas vecinas se presentaron en el lugar dispuestas a colaborar en mi recibimiento a la vida. No sé si mamá tuvo miedo, seguramente sí, estaba rodeada por desconocidas, lo que era casi como estar sola y yo estaba en camino. Tal vez alguien se ofreció a llevarla al hospital, o tal vez no. No hubo tiempo de llegar allí de todos modos. Nací en la cama del viejo establo dos semanas antes de la fecha en la que se suponía que tenía que nacer, mamá me cogió en brazos y me miró con los ojos llenos de lágrimas:

—Nos vamos al hospital —dijo.

En 1990, aquel establo viejo en medio del campo seguía siendo nuestro hogar. Por aquel entonces había más muebles, había juguetes para mí, estaba también la cuna y una bañera de Disney. Muchas fotos mías adornaban las paredes.

Dicen que yo estaba siempre asomada por la ventana, observando la vida en el campo y dejando que el viento peinase mis rizos rubios de una manera curiosa mientras señalaba a los diferentes animales. No conocía a papá y los abuelos tampoco habían tenido interés en verme, éramos mamá y yo y, a veces, Mamen y Carlos. Aunque ellos estaban muy ocupados desde que había nacido su hija Blanca.

Mamá trabajaba en la gasolinera del pueblo y aunque no ganaba mucho, vivíamos bien, porque tampoco necesitábamos nada especial. Yo solía ir con ella a la gasolinera, pero a veces me dejaba al cuidado de mi bisabuela Claudia, que tenía 88 años, pero tenía la vitalidad de una joven de treinta. Me gustaba corretear por toda la casa y desordenar sus trastos viejos, ella me daba galletas caseras y me ponía telenovelas sudamericanas, las cuales me aburrían en exceso. Algunas noches mamá tenía que ir a sustituir o a cubrir emergencias en la gasolinera y me dejaba sola durante un par de horas. A mí me daba mucho miedo, cuando ella volvía me encontraba sentada en el sofá rodeada por todos mis muñecos y llorando histérica, con un ataque de pánico.

A mi madre nunca le gustó la vida de campo. Ella había pasado su infancia y adolescencia interna en una escuela de Dublín; capital de Irlanda, huyendo de una época algo difícil en España, concretamente en su región. Estaba acostumbrada a la vida en la ciudad y por eso se sentía infeliz con su rutina de pueblo y las pocas emociones que había en su vida. Pensaba que se iba a quedar sola conmigo el resto de sus días, y no le gustaba que su hija tuviera que crecer en un lugar tan aburrido y tan vacío de vida. Pero no teníamos dinero, ni mucho apoyo de la familia, por lo que mamá tampoco podía encontrar un trabajo mejor porque no había podido terminar sus estudios, parecía que el destino nos impedía irnos.

A mí no me parecía tan mal, era un bebé y me divertía mucho, pero pensando en futuro a corto plazo, allí no había ni un colegio para mí. Es por eso que mamá habló con la bisabuela Claudia sobre sus preocupaciones y esta le dio una gran parte de sus ahorros de vida.

—Dale a esta pequeña una vida que pueda aprovechar — dijo ella con una sonrisa.

Mamá se sintió muy aliviada y tuvo la esperanza de encontrar una buena vida en la gran ciudad y abrirse paso en un buen trabajo mientras me criaba lo mejor que podía.

El día posterior al que la bisabuela le diera el dinero, mamá hizo las maletas y compró unos billetes de tren. Mientras viajábamos, me sentó sobre sus rodillas, me miró fijamente y dijo:

—Nos vamos a Barcelona.

Un año después, vivíamos en un piso en Vic, Barcelona. Un ático antiguo. Era alquilado y compartido con Mamen, Carlos y la pequeña Blanca. El ático tenía tres habitaciones, un salón muy grande, una cocina decorada con muebles negros y un baño pequeño con una bañera de cerámica verde. Todos los muebles tenían aspecto viejo. Estaba en una calle comercial y mamá consiguió un trabajo a media jornada como camarera en un restaurante de esa misma calle. Retomó sus estudios y la mayoría de las tardes iba a la escuela a cursar el bachillerato. Nos veíamos poco de diario dado que el trabajo y el bachillerato la tenían muy ocupada, por eso a mí me metió en una guardería con otros niños donde nos ponían a dormir o a jugar todo el rato. Cuando salía me recogía Mamen y me llevaba a casa a esperar a mamá, que a veces venía tarde, pero siempre estaba para bañarme, darme la cena y un beso de buenas noches. Sin embargo, los fines de semana nos quedábamos solas porque Mamen y Carlos iban a León, y entonces pasábamos juntas todo el tiempo. No nos había ido tan mal

en nuestro intento de comenzar de cero. Me gusta pensar que contribuí un poco en todo. Mamá pensaba que había conseguido una estabilidad decente, y que no pasaba nada por vivir agobiadas por el dinero si ya estábamos tranquilas.

Mi padre se llamaba Henry, irlandés nativo. Nos visitó en primavera de ese mismo año. La primera vez que me vio gritó mucho a mi madre por no haberle dicho que yo era de él. Quiso implicarse más en mi vida y empezó a mandar dinero todos los meses, también intentó visitarme una vez cada quince días, pero no me sentía muy cómoda a su lado y siempre me echaba a los brazos de mi madre. Comenzaron una relación más seria y las visitas cada vez eran más largas, mi madre me sacaba de la guardería para que él me cuidase y para que pudiéramos pasar más tiempo juntos, pero a ninguno de los dos se nos daba muy bien eso de ser padre e hija.

Papá tenía diecisiete años, era muy fiestero y no terminaba de comprometerse del todo con mamá, por eso en septiembre se marchó de nuevo a Irlanda a comenzar la universidad. A mamá le enfadó que no quisiera hacer una vida en Barcelona con nosotras. La tranquilidad se acabó una tarde de otoño cuando mamá lloraba desconsolada y yo no sabía por qué, la abracé y ella me besó la cara y me dijo que íbamos a tener compañía en casa, que había otro bebé en camino. Ya era mala suerte tener dos embarazos antes de cumplir los dieciocho. Cuando se enteró de que no venía un solo bebé, sino dos, abandonó el ático de Vic y compró billetes de avión para otro país, una nueva aventura, otro inicio.

—Nos vamos a Irlanda —dijo mientras me miraba cariñosamente, enseñándome la ecografía de mis hermanas.

En navidad de ese año, ya llevábamos varios meses en Irlanda en casa de la abuela y el abuelo. Para mí todo aque-

llo era nuevo, incluso el idioma, pero era fascinante. Era una casa enorme, había un lago, un jardín infinito rodeado por bosques, una costa rocosa y el mar con sus olas gigantes, aquellos animales de mis abuelos y los muebles lujosos. Todo me tenía fascinada. Mi abuelo me explicaba todo lo que yo preguntaba y me llevaba con él a ver los animales, los peces del lago o las carreras de motos del pueblo. También conocí a todos mis primos, había pasado de estar sola con mamá a tener muchísima familia y compañía. Mis primos, todos tan majos. Menudo subidón de calidad de vida, ahora no nos faltaba de nada, los abuelos le daban a mamá todo el dinero que ella necesitaba, y mamá se ponía cada vez más gordita. Papá pasaba mucho tiempo con nosotras y era cariñoso conmigo, la familia nos aceptaba muy bien, qué suerte tenerlos, porque la de mamá no quiso saber nada del tema.

Un poco antes de febrero del año siguiente, papá terminó su tercer semestre en la delegación de Derecho de la Universidad de Cork, en Irlanda. Ya tenía dieciocho años y obtuvo derecho a unas prácticas pagadas en el mundo de la abogacía. El abuelo le ofreció hacer las prácticas para la empresa familiar, pero papá se negó y dijo que tenía que hacerse su vida él y ya después ayudaría en los negocios familiares. Le preguntó su opinión a mamá y ella dijo que le encantaría que hiciera las prácticas en Barcelona porque a ella le gustaría mucho que sus hijas nacieran allí y crecieran allí. Papá aceptó porque tenía ganas de salir de Irlanda y en España tenía amigos como Mamen y Carlos o conocidos de las fiestas que se echaba cuando venía de visita. No se lo pensaron mucho, eran jóvenes, cogieron lo poco que necesitaban, me cogieron a mí, me besaron la frente y emprendimos otro inicio.

—Nos vamos a Vic —dijeron con una mirada que nunca olvidaré.

En 1995 teníamos dos pequeñas correteando por casa y subiéndose a todos los muebles: Marta y Claudia. Vivíamos en Vic, en una casa pequeña en una colina de las afueras, con una piscina grande desde la que se veía todo el pueblo medieval. El colegio estaba a 10 minutos en coche así que no perdíamos mucho tiempo en ir y en volver. Mamá se sacó el bachiller y se puso a trabajar de ayudante de enfermería en un hospital y papá terminó sus prácticas y encontró un buen trabajo de abogado en Barcelona ciudad. Se repartían bien el tiempo que pasaban con nosotras y casi nunca nos tenían que dejar al cuidado de otras personas, aunque no fueron pocas las noches que salieron a de fiesta y nos dejaron con una niñera. Yo siempre prefería estar a solas con mamá porque era lo que siempre había tenido, sin embargo, la compañía de papá ya no me sentaba tan mal como al principio. Aunque muchísimas veces era el encargado de imponer la disciplina. Lo que si detestaba con fuerza era la presencia de los dos terremotos que tenía por hermanas, por culpa de ellas me habían sacado de la Irlanda que tanto me había gustado para venir a otra casa donde mi madre les hacía más caso que a mí y todos les traían regalos. Cuántos celos de mi parte.

En 1997 las cosas empezaron a ir bien para mamá y papá y vino mucho dinero a casa gracias a los negocios y también en forma de préstamo de mi abuelo de Irlanda, quien nos ayudaba mucho. Mis padres eran inexpertos en todo y fueron creciendo a la vez que nosotras, nos educábamos mutuamente, ellos nos enseñaban a ser buenas hijas y nosotras les enseñábamos a ellos a ser buenos padres.

Mamá comenzó a estudiar medicina en la universidad animada por mi padre, que quería que ella también tuviera éxito en la vida. Se redujo mucho el tiempo que ella pasaba con nosotras ya que la universidad consumió su tiempo libre, aun así, siempre llegaba con una sonrisa a casa. Papá puso su despacho en casa para poder vigilarnos mejor pe-

ro aun así no podía lidiar con las tres y me internó en el colegio, no me quejo, me encantó vivir con ellos... una etapa que fue tan bonita en mi vida que no dudé en repetirla los años posteriores. Cuando mamá avanzó más en su carrera, quiso montar una pequeña consulta familiar para enfermedades comunes, heridas leves, problemas musculares o aplicar inyecciones. Papá propuso que lo hiciera en casa, pero no había espacio. Necesitábamos una casa más grande, entonces se miraron con orgullo y dijeron:

—Nos vamos a Hospitalet de Llobregat.

BENDITA LA SUERTE DE NO TENERTE

CAPÍTULO 1: NO SABER ADAP- TARSE

Cuando tenía catorce años, vivía interna en el colegio por única y exclusiva decisión de mi padre, que no tenía tiempo para lidiar con sus tres hijas adolescentes. Podía vivir felizmente con ello de todos modos. No era popular, ni la más guay del colegio, pero tenía mi reputación entre mis amigos de toda la vida. Pasaba las horas jugando a videojuegos, aprendiendo música, aprendiendo japonés, viendo demasiado la televisión. También tenía un flechazo con los coches, un flechazo que aún no tenía con los chicos. No